

te mal que nos aqueja, hemos llegado á pensar, y no vacilamos en decir, que las causas segundas han perdido su virtualidad, y solo por un milagro de la misericordia y el poder divino puede salvarse nuestra patria. La paz, voto comun de todos nosotros, es un don de Dios, y así lo confesamos como católicos; pero un don que, como todos los demas, pide cooperacion de parte nuestra para recibirle, afirmarle y fecundarle. La paz tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por donde Dios comunica sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicacion en el Estado, como institucion fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene, por último, en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia, que conviene conocer. ¿Qué necesita la Iglesia para iniciar en Méjico el restablecimiento de la verdadera y sólida paz? La libertad externa. ¿Qué necesita el Gobierno para obtenerla y consolidarla en el Estado? Asirse del orden sobrenatural y cooperar eficazmente con él. ¿Qué ha menester el pueblo para disfrutarla y aprovechar los efectos de su maravillosa fecundidad? conservar íntegra y á toda costa su unidad religiosa. Hé aquí, señores, tres verdades prácticas de la mas grande importancia, que voi á explicar en este lugar santo, sirviéndome para ello de los datos que ministran la doctrina católica, la historia de la religion y la vocacion política de la sociedad.

Mas como todo esto se endereza y encamina rectamente á la realizacion de una esperanza que nunca muere, y esta esperanza tiene para todos los mejicanos el robustísimo apoyo de la eleccion que habéis hecho de este privilegiado suelo para residencia vuestra, Reina poderosa, Madre tierna; yo me dirijo á Vos, pidiéndoos fervorosamente que comenzéis en mí vuestra grande obra, fecundando en mis labios la palabra evangélica, para que lleve al corazon de mi auditorio, con las luces de la sabiduría, de quien sois Madre, los nobles estímulos de la gracia que conmueve la conciencia, trasforma el corazon, une á la misericordia con el arrepentimiento, y renueva y consolida en el individuo, lo mismo que en la sociedad, la feliz alianza entre Dios y los hombres; esa alianza de que sois Arca, pues habéis portado en vuestro vientre al Mediador, de que sois apoyo por el poder de gracia que el Señor comunica á vuestros ruegos. Sed, pues, ¡oh María! en ocasion tan solemne, sed para todos nosotros cuanto nuestra situacion exige, cuanto es necesario para que Méjico recobre la dichosa paz que tiene perdida.

Ave María.

PRIMERA PARTE.

Haí errores piadosos, como vicios enmascarados con las falsas apariencias de la virtud, y ambas cosas, como bien supondréis, deben hallarse igualmente proscritas del reino purísimo de la verdad. Uno de aquellos errores, y por desgracia, no solo especulativos, sino á veces prácticos, es el pretender que los destinos de la Iglesia dependen de los triunfos de las armas, de la proteccion de los gobiernos, de la influencia de las clases poderosas. Esto es tan falso como degradante para una institucion superior con mucho á todo poder humano. La Iglesia, señores, fundada inmediatamente por Jesucristo, sólidamente constituida, superabundantemente provista por él de todos los medios de conservacion y perpetuidad, no necesita de otra cosa para llenar su augusta mision en la tierra. Si los príncipes, si los gobiernos, si los pueblos, rodean su trono dogmático y moral y sirven á su pensamiento, ellos cumplen un deber, se enriquecen con sus prestaciones, se dignifican con su vasallaje, se engradecen con el tributo de su abnegacion; mas no prestan un socorro, no representan un poder sobre la necesidad. Discurrir de otra manera seria desconcertar los elementos del discurso, desconocer el carácter de la institucion, seria perderse.

Va para dos siglos que uno de los pontífices y oradores mas esclarcidos de Francia, despues de haber consagrado al Elector de Colonia, le dirigió un elocuente discurso, cuyo plan le insinuó de esta manera tan delicada como digna: “En cuanto á vos, yo sé mui bien que tenéis gusto por la verdad, y aun por la verdad mas fuerte. No recelo, por tanto, el desagradaros con manifestarla; dignaos pues escuchar lo que no temo decirós. Por una parte la Iglesia no tiene necesidad ninguna del socorro de los príncipes de la tierra, porque las promesas de su Esposo omnipotente le bastan: por otra parte, los príncipes, que tienen el carácter de pastores, pueden ser mui útiles á la Iglesia con tal que se humillen, que se consagren al trabajo y se vean resplandecer en ellos todas las virtudes pastorales.” Cuando Fenelon se explicaba de esta suerte, señores, dió bastante á conocer que verdades de esta naturaleza, cuyo conocimiento es universalmente provechoso, parecen reservadas de preferencia para ilustrar la mente y formar el carácter de los hombres que rigen los destinos de los pueblos. Y no imaginéis que tal concepto fuese nuevo cuando le virtió aquel insigne orador; porque este ha sido el tema de enseñanza y conducta que ha se-

guido la Iglesia de Dios en todos los siglos. Esta verdad la ha inculcado, aunque bajo diversas formas, á todos los príncipes, á todos los grandes: á los emperadores paganos acostumbraba decirles que su poder no podía destruir el derecho supremo que ella tiene para enseñar la doctrina y dirigir las costumbres; y á los soberanos católicos le ha predicado constantemente que ella salió perfecta y plenamente provista para sus grandes fines de las manos mismas que la instituyeron. ¿Debería yo abandonar las huellas que nos han dejado los apóstoles y sus sucesores, y sus santos cooperadores en el ministerio, cuando se trata de la situación de la Iglesia mejicana en las circunstancias de hoy? No por cierto.

La Iglesia de nada necesita, vuelvo á decirlo: porque en Méjico es lo que en todo el mundo católico; en este siglo, lo que en todos los siglos; en estas circunstancias, lo que en todas las vicisitudes por donde ha pasado en su calidad de militante. Mas como ella es el reino de Dios en la tierra; como ella es el intérprete de Dios para enseñar la verdad, el órgano por donde se comunica y distribuye la gracia, el tribunal del tiempo cuyos juicios han de ser ratificados en el de la eternidad; como fué instituida en pro de toda la humanidad menesterosa, para salvar al hombre con la gracia de Jesucristo, pero sin destruir ni aun coartar la libertad humana; necesita, no para su legitimidad, no para la conservacion de sus elementos constitutivos, no para la subsistencia de su magisterio dogmático y su poder moral, no para la vida de su derecho, sino para multiplicar y perpetuar sus beneficios, que el hombre no le oponga la soberbia de la razon, la concupiscencia de la voluntad, la rebeldía del carácter. De parte de Dios todo lo conserva, y con esto nada sustancial tiene perdido; mas todo lo ha visto combatido por parte de los hombres: es decir: se han puesto cadenas en sus brazos, para que no difunda el bien; se han sellado sus labios, para que no predique la verdad; se la ha llenado de grillos, para que no siga marchando: esto es todo. Esto supuesto, ¿qué necesita la Iglesia de parte de los hombres? que no se obstinen contra su propia felicidad, que no encadenen la mano que se abre para socorrerlos, que no llenen de trabas los piés que caminan para evangelizar la paz y evangelizar el bien, que no vuelvan las espaldas delante de esta luz que disipa todas las tinieblas y muestra los caminos que conducen á la eterna felicidad; en suma: que no pongan trabas ningunas á su libertad externa. La Iglesia no necesita, de parte de los hombres, nada de aquello que su Divino Esposo le tiene asegurado, nada de cuanto posee con independencia de todo poder humano: no ha menester sino únicamente de

aquello que los hombres le pueden quitar. ¿Qué le pueden quitar los hombres? ¿Su formacion? no. ¿Su constitucion? no. ¿Su magisterio? no. ¿Su poder moral? no. ¿Su derecho? no. ¿Qué le pueden quitar, pues? una cosa, señores, solo una, nada mas que una; su libertad externa: porque quien dice libertad externa, dice predicacion sin antagonismo, magisterio sin contradiccion, régimen sin obstáculo, inmunidad sin desacato, posesion sin despojos ni violencias, dice todo lo contrario precisamente de lo que los pueblos y los siglos han visto que la Iglesia sufre cuando se desata contra ella cualquiera persecucion. Por esto he dicho, que la Iglesia mejicana nada necesita en el orden de su institucion, de su poder moral y de su derecho; pero que lo necesita todo en el orden de la libertad externa, y esto para el bien de los fieles, como lo ha necesitado siempre para el bien del género humano.

Estas importantes verdades están, señores, fundadas en el dogma católico, y atestiguadas tambien por la experiencia de los siglos: son verdades que cuentan con la evidencia de hecho, de razon y aun de sentimiento, que han sido probadas en todos los criterios, y se han manifestado al hombre constantemente desde aquellos primitivos tiempos en que la Iglesia tuvo un carácter figurativo y profético, hasta hoy día en que cuenta mas de diez y ocho siglos de establecida en toda su plenitud.

¿Cuál es la prueba dogmática? Vedla aquí. La Iglesia tiene dos caracteres esencialísimos: primero, el de una perfeccion completa en su formacion, constitucion y destino; segundo, el de una constante lucha en su travesía por la tierra. El primero de estos caracteres nos la manifiesta fundada, como San Pablo se explica, sobre los apóstoles y profetas, y descansando toda en Jesucristo como en su piedra angular; reuniendo todos los siglos en su carrera, todos los países en su vocacion, toda la verdad en su magisterio, todas las virtudes en su objeto práctico, todos los bienes verdaderos en su dispensacion; poseyendo un poder sobre el entendimiento para regirle con la fe, sobre la voluntad para ayudarla con la gracia, sobre la libertad para gobernarla con la lei; ejerciendo el derecho de conocer y juzgar en cuanto abarca la inmensidad de estos objetos, presidiendo á los últimos destinos de toda la humanidad. La Iglesia, en fuerza de la perfeccion divina con que la instituyó Jesucristo, es una, santa, católica, apostólica, es infalible, es indefectible, constante, perpetua, fuerte mas que los reales coronados de guerreros, poderosa mas que todos los soberanos del mundo, irresistible mas que todas las influencias humanas, prudente y entendida mas

que todos los ingenios y sabios que han producido los siglos: en suma, es divina, está de continuo asistida por el mismo Jesucristo, y piensa, y habla, y obra constantemente bajo la inspiracion excelsa del Espíritu Santo.

Esta es, señores, la doctrina dogmática sobre la formacion, constitucion, objeto y fin de la Iglesia católica. Ya véis que como cuerpo docente no necesita del sabio, que como cuerpo regente no necesita del fuerte, como institucion de felicidad no ha menester del rico y poderoso: que todos los reyes, los príncipes, los soberanos, puestos de su parte, no añaden una línea á su derecho, y puestos contra ella, tampoco le quitan una línea, fundado como está, no en las influencias precarias de un orden transitorio, sino en la palabra de Dios que no pasará jamas; y cómo, por lo mismo, segun los principios estrictos del dogma, no ha menester absolutamente de nadie ni de nada fuera de su Divino Fundador, para conservar su existencia, su carácter, su derecho, todo lo que la constituye sábia, fuerte y perpetua.

Mas no sucede lo mismo tratándose de su residencia en el mundo, de su accion exterior sobre los individuos y las sociedades, de sus relaciones con los Estados políticos, de lo que hace, dice y posee en fuerza de su autoridad y de su derecho. En este punto, léjos de tener la garantía de predicar, enseñar y gobernar al pueblo fiel á salvo de toda contradiccion y todo obstáculo, el Salvador del mundo le anunció, no una carrera tranquila, sino turbulenta; no un respeto universal, sino desacatos y vejaciones: le anunció cruces, trabajos, espinas, calumnias, tropelías, persecuciones de todo género, y por esto la inauguró con el carácter de militante: carácter que ciertamente no tendria, si no hubiese de venir frecuentemente á la lucha con enemigos diversos que se conjurarian contra ella. En aquella memorable noche de la última cena que celebró con sus discípulos, les dió como prenda de la union mas íntima con ellos una herencia de paz que no les faltaria jamas; pero á renglon seguido la caracterizó, para que nunca pudiera confundirse con la paz del mundo, ni creerse perdida en las diversas tempestades que éste habia de suscitar contra ella. “La paz os dejo, dijo á su Iglesia en la persona de sus discípulos, mi paz os doi: no os la doi yo como os la da el mundo.”¹ Segun este oráculo la Iglesia no debió esperar en su temporal carrera, sino la travesía de un mar agitado y tempestuoso; pero á mayor abundamiento quiere ser mas explícito detallando y razonando los continuos padecimientos de su Esposa. “Si el mundo os

¹ San Juan. Cap. XIV, v. 27.

aborrece, les decía, sabed que me aborreció á mí ántes que á vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaria lo que era suyo . . . si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros.”¹

Esto era ya, señores, bastante claro; pero aquel Divino Maestro, no satisfecho todavía, quiere robustecer á su Iglesia con el conocimiento prévio y aun pormenorizado de las persecuciones que debia esperar en su futura carrera. “Os echarán de las sinagogas, decía: mas viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace servicio á Dios... os he dicho esto para que, cuando viniere la hora, os acordéis que os lo tenia anunciado.”² Ved pues, católicos, con cuanta claridad está probado, por el santo Evangelio, por la misma palabra de Jesucristo, Señor nuestro, que la Iglesia seria militante, y en consecuencia, tendria que luchar con diversos linajes de enemigos, sufrir todo género de ataques, ser perseguida por su predicacion, por su autoridad moral, atacada en todos sus derechos, despojada, calumniada, combatida de muerte; y cómo, en consecuencia, los hombres podian quitarle su libertad externa, y ella por tanto encontrarse muchas veces en el caso de necesitar su recobro.

¡Queréis, empero, ver confirmadas estas mismas verdades con las pruebas de hecho que nos ministra la historia? Contemplad la misteriosa y sublime carrera de la Iglesia de Dios desde que nace hasta la época presente; y colocados aquí, no necesitaréis de otra luz para convenceros de que en el resto de los siglos será lo que ha sido hasta hoy; y con independencia de toda necesidad humana, de todo poder humano, será siempre una, santa, católica, apostólica, infalible, indefectible, fuerte, poderosa, perpetua: verá correr los siglos sin desaparecer en sus oleadas, cambiar mil veces la faz política de los pueblos sin sufrir ella ni la mas leve mudanza, levantarse y abatirse los tronos sin que se desplome jamas el suyo, nacer y renacer sistemas, opiniones, doctrinas, sin que la suya sufra el mas leve menoscabo; habrá de sobrevivir á todos los cataclismos de la sociedad, y quedará en pié dominando las ruinas del mundo deshecho, al aparecer el postrimer instante del tiempo sobre el gran reloj de los siglos.

No habia sonado aún la hora de inaugurarse con toda su plenitud en la tierra la Iglesia de Jesucristo, y ya sus victorias llenaban las páginas del mas antiguo de todos los libros, ya el brazo que la rige ha-

¹ San Juan. Cap. XV, vv. 18, 19 y 20.

² En el mismo. Cap. XVI, vv. 2 y 4.

bia hecho estremecer á los opulentos reyes, ya sus profetas habian pronunciado el hasta aquí de reinados poderosos.

Nace de una cruz de madera, sostiene una guerra de tres siglos, y cuando un rei apóstata se ocupaba en formar el epitafio del difunto cristianismo, venia caminando la hora en que todo el imperio romano caeria rendido á discrecion al pié de la Cruz. A la lucha de la sangre sigue la guerra todavía mas terrible de la herejía y de los vicios: guerra prolongada, múltipla, universal, activa, incansable; guerra en que el error asalta los tronos, ocupa las magistraturas, inspira á los guerreros, complica las pasiones; en que la lucha es tan tenaz, tan horrible, y la tempestad es tan espantosa, que hai momentos altamente críticos en que se necesita toda la fuerza de la fe para no temer los últimos desastres en el reino de Jesucristo. Mas ¡oh poder irresistible de las promesas del Esposo! aquellas tinieblas impenetrables, que el genio del mal habia logrado extender por toda la tierra, se recogen y desaparecen á la plena luz de la ciencia católica; los pertinaces atletas de la herejía son heridos con el rayo de la autoridad canónica en los concilios ecuménicos, y los vicios confundidos van á esconderse en las tinieblas en presencia de esas virtudes incomparables que salen de los desiertos á purificar la inmensa contaminacion de las ciudades.

Mas los enemigos de la Iglesia, siempre derrotados y nunca rendidos, renuevan al punto la lucha, empleando á su propósito una táctica nueva y combatiendo con otras armas: con las de cierto dogmatismo religioso-político, con las de un falso derecho, con las de un zelo hipócrita, con las de una bárbara accion. Los primeros con toda la énfasis de la propiedad la dicen: "Tú no eres de este mundo, vete de aquí." Los segundos pronuncian que "el derecho de gobernar está solo en el poder temporal," y á nombre de este falso derecho pretenden someterla. Los terceros, profundamente recogidos en presencia de su ministerio espiritual y su carácter santo, exclaman llenos de veneracion y respeto: "la personalidad eclesiástica no puede sin contaminarse tomar parte ninguna en los negocios del Estado, y en consecuencia, pronuncian la abolicion de todos sus derechos políticos. La Iglesia entónces, venciendo á los primeros con el argumento incontestable de su residencia legal en el mundo, á los segundos con el dogma de su independecia y soberanía, y á los terceros con la bondad intrínseca y el incuestionable derecho de su representacion legal, no triunfa sino para sufrir la última descarga, especie de metralla formidable que aglomera contra ella, para exterminarla, todos los elementos de muerte.

Abandónanse las discusiones, prescíndese de ataques parciales, arrojándose al suelo los disfraces todos. El combate es general contra la institucion, contra la doctrina, contra el derecho, contra el ministerio, contra la personalidad eclesiástica, contra la necesidad de su accion, contra todos los elementos de la vida moral, contra Dios mismo. Esgrímense todas las armas: la impostura, la diatriba, el sarcasmo, la calumnia, el desprecio, la violencia, la depredacion, el destierro, la muerte misma. Estos son los lances en que se hace sentir aquel desbordamiento de pasiones, aquella insurreccion funesta de todos los odios, aquellos tenebrosos planes concebidos en las tinieblas y ejecutados en la mitad del dia contra Cristo y su reino, tan enérgicamente pintados por el Profeta. Naciones enteras lanzando el alarido de la cólera, pueblos entregados á ridículas maquinaciones, reyes puestos en pié, príncipes aliados contra el Señor y contra su Cristo, fascinando á la necia multitud con declamaciones hipócritas, apellidando yugo insoportable á la soberanía de Dios, y cadenas crueles á los preceptos de su lei. ¹ Bien veis, señores, que generalizo las ideas y dilato las dimensiones del cuadro, para huir los efectos de ciertas cavilaciones, y mostrar el poder de la verdad poniendo á vuestra vista la exactísima correspondencia de los hechos con los oráculos. ¿Qué habéis visto en todos los siglos? ¿qué veis hoi mas allá de los mares? ¿qué espectáculo presenciáis en vuestra misma patria? Pero no os alarméis: la Iglesia de Dios estará siempre combatida; pero nunca dejará de ostentarse con todos los troféos. Veréisla sufrir todo linaje de persecuciones: veréisla desconocida por muchos de sus hijos, atacada en su magisterio, en su doctrina, en su gobierno, en sus derechos: veréisla despojada, calumniada, herida por la impiedad armada con la fuerza: veréisla encadenada, pobre; pero rendida, avasallada, envilecida, no, jamas. Nada temáis, pues, por ella: es la única poseedora de un poder irresistible, de una arma sin igual, de una táctica sin modelo y sin imitacion: en la bancarrota política de todas las sociedades, ella es la única que conserva íntegros todos sus elementos constitutivos. Su poder es Cristo con ella, su arma la doctrina y la paciencia, su táctica perdonar á sus enemigos. Los males que sufre y ha sufrido siempre, representan la insurreccion del hecho contra el derecho, de la inteligencia contra la verdad, de la naturaleza contra la gracia, de la muerte contra la vida. Mas la guerra de tantos enemigos no ha menguado jamas en un ápice ni el

¹ Salmo segundo, versículos 1, 2 y 3.

derecho, ni la verdad, ni la gracia, ni los elementos divinos de la vida espiritual; no ha hecho mas que reaccionar contra sus mismos agentes, convertir en víctimas á los verdugos, y condenar á los pueblos al mas ignominioso destino.

Sí, católicos: las grandes persecuciones de la Iglesia vienen á refluir directamente sobre los pueblos; porque siendo ella un poder instituido todo y solo para el bien de la humanidad, no puede ser atacada, restringida é imposibilitada en su accion sin que todos y cada uno de los que aprovechan la benigna influencia de su poder, resienta en sí mismo los efectos consiguientes á la guerra que se le hace. ¡Oh, vosotros, hombres extraviados, quien quiera que seais, en cuyas mentes ha caido la venda de una estéril, ciega y ruinosa filosofía; vosotros que cayendo en la tentacion de la ciencia, estáis envueltos en las tinieblas que eclipsan la verdad á vuestros ojos; vosotros que agitados de mil afectos diversos estáis en vísperas de perder todo sentimiento moral; vosotros que anhelantes por bienes materiales y goces terrenos, ya no sentís el regalado sabor de los bienes del espíritu; vosotros que sufriendo interiormente, sin echarlo de ver, la doble anarquía de la inteligencia y del corazon, andáis como errantes con vuestras ideas y vuestras inclinaciones huyendo de la verdad y la virtud! volved sobre vuestros pasos, parad un tanto: ved lo que habéis dejado tras de vos, y quedaréis mui pronto convencidos de que os alejáis de la verdad y la dicha tanto como progresáis en pos de esos fantasmas que ni acertáis á conocer, ni seréis capaces nunca de tocar. Esta Iglesia es vuestra Madre; os tiene á todos en lo mas íntimo de su corazon; os ama con ternura; os busca solícita con las mismas lágrimas que le hacéis derramar. No la neguéis con vuestro pensamiento; no la rehuséis un asilo en vuestro corazon; no selléis sus lábios, órgano de la palabra de Dios, porque quedaréis á oscuras; no encadenéis sus brazos, porque ya no habrá quien se apreste á vosotros para socorremos y salvaros en esas tremendas crisis de la miseria y del dolor que solo la religion del Crucificado ha podido superar. Sus templos, siempre francos para vosotros, no se cerrarian sino para condenaros las puertas de la esperanza: su ministerio encierra todos los tesoros del corazon y deposita todos los recursos para el alma. Tened presente que cada golpe que descaraguéis contra la Esposa de Jesucristo, es un atentado contra vuestra propia felicidad.

¿No veis, católicos, toda la exactitud de estos conceptos probada como el oro en el crisol de la historia? ¿No los veis puestos á prueba

de las experiencias todas? ¿No véis que en todos los siglos se ha representado el mismo drama y ha producido siempre los mismos efectos? ¿No veis cómo la barbarie ha venido siempre á ocupar, y dominar, y tiranizar, y aniquilar en cierto modo los pueblos que han abjurado la religion? ¿No sentís un cierto fondo de melancolía en lo mas íntimo de vuestro pecho al contemplar lo que son hoy aquellos sitios que ocupaban las antiguas iglesias de Africa, la suerte de aquellas célebres sociedades que al calor de la religion se robustecian mas y mas y llegaron á ser tan florecientes? ¿No veis un cuadro todavía mas lastimoso en esta bastarda civilizacion de nuestros tiempos, que ha hecho desaparecer casi todos los sentimientos morales, casi todos los vínculos que estrechaban á la humanidad, los lazos íntimos que unen á los individuos y á los pueblos bajo el influjo de este culto del espíritu y del corazon? ¿No quedáis sorprendidos con el contraste que forman hoy los progresos de las artes y la miseria de los pueblos, la perfeccion de la ciencia social y la inestabilidad de los gobiernos, el arte maravilloso del equilibrio político y la trasformacion del Estado en una estatua de yeso descansando sobre arena? Por esto he dicho, señores, que la Iglesia necesita libertad externa para iniciar la paz en todo el mundo; que los gobiernos, para dar al Estado solidez y firmeza, necesitan proteger esta libertad externa, este derecho incuestionable, este poder de la Iglesia todo para el bien, solo para el bien y siempre para el bien: y por esto he añadido que esta necesidad que la Iglesia tiene de conservar á paz y salvo su libertad externa de accion, es precisamente para bien de los mismos gobiernos y de los pueblos.

Esta libertad, segun que es favorecida ó atacada de parte de los poderes públicos del Estado, caracteriza hoy, señores, como en todos tiempos, la concordia ó desacuerdo entre éste y la Iglesia. ¿Y no mas? Sí: tambien á los gobiernos religiosos y justos, y á los gobiernos enemigos de Cristo y perseguidores de su Esposa. En este punto debemos fijarnos tanto como en el primero; pues lo que la Iglesia necesita en el orden externo para llenar los objetos de su institucion, importa uno de los deberes mas estrictos para los gobiernos, deberes cuya infraccion seria inexcusable del todo en los pueblos católicos. Si un gobierno que no profesase la fe, nunca podria perseguir á la Iglesia sin herir á sabiéndas la justicia natural: ¿qué sería cuando se tratase de gobiernos que profesen la religion católica? La lucha de tres siglos, en que la Iglesia tuvo que sufrir la inaudita persecucion del gentilismo armado con el poder, representa, señores, la accion tiránica de la institucion humana

contra la institucion divina, el abuso del poder civil contra la libertad externa de la Iglesia; y los golpes que ésta sufrió de los príncipes y magistrados en los tiempos del arrianismo, así como de los reyes en los tiempos de la reforma, representan el mismo cuadro. Viceversa, el término de los martirios y la inauguracion social de la Iglesia católica por la conversion de Constantino, sus triunfos tambien sociales sobre todos los arrianos al inaugurarse Recaredo en el trono, y todas las restauraciones posteriores no han sido mas que el recobro conseguido por la Iglesia de su libertad externa.

Tal es por lo mismo, señores, el gran voto que debemos formar como hijos de esta madre tierna, perseguida y desolada en circunstancias tan terribles y en ocasion tan solemne: y no soi yo quién resume la necesidad y su remedio en este voto final; es la Iglesia misma, que va siempre, con su sabiduría y su piedad, mui delante de nuestros pensamientos y deseos. ¡Qué pide al Señor en las mas terribles de sus crisis! que escuche benigno sus inflamados ruegos. ¡Con qué objeto? con el de que desaparezcan los errores que atacan la doctrina, y todas las adversidades conjuradas contra ella. ¡Y con qué fin? ¡Acaso con el de conservar su institucion, su sabiduría, su magisterio, su derecho? No; sino solo con el de recobrar su libertad para servir sin obstáculo á los designios que tuvo el mismo Dios al instituir-la: *Ut, destructis adversitatibus et erroribus universis, secura tibi seruiat libertate.*

Mas no debemos limitar, católicos, á solo esto nuestros deseos y nuestros votos: porque si el recobro de la libertad externa de la Iglesia es un paso gigantesco para el remedio de las necesidades presentes; no es de poca importancia, que el gobierno ponga los medios eficaces para conseguir la restauracion de la paz en el órden político, para los grandes fines de la institucion del Estado.

SEGUNDA PARTE.

El Estado ve como su necesidad suprema el restablecimiento de la paz, y tiene razon, señores: porque la guerra es el agente constante de la disolucion, y la paz es al mismo tiempo el resultado y el medio de la unidad. Jesucristo Señor nuestro nos dijo sobre esto dos palabras, pero de tan profundo sentido, que bastan por sí solas para comprender el carácter de una situacion y predecir el porvenir de un pueblo: "Todo reino dividido será desolado." ¡Y por qué, señores! porque la division de un reino es la dislocacion de un cuerpo, y esta dislocacion

es un síntoma de muerte. Nosotros estamos divididos: contamos ya medio siglo de esta division: la paz ha dejado caer de tiempo en tiempo bellos crepúsculos sobre nuestro horizonte; bellos pero breves, y tanto, que parece no han servido sino solo para hacer mas intenso y penoso el sentimiento de su privacion.

Constantemente se ha buscado la paz con toda la fuerza de los deseos; pero se ha buscado con el espíritu de las pasiones, en el sentido de los intereses y con independencia del cielo, y esto ha sido bastante para que no se haya conquistado jamas. Hoi dia esta necesidad se extiende y explica con mayor fuerza que nunca; porque nunca la guerra se habia mostrado en México ni mas tenaz, ni mas airada, ni mas desastrosa que en estos desgraciados tiempos: azote inmenso, que se cruza por toda la nacion; azote cruel, que ha hecho correr mucha sangre; azote bárbaro, que ha hecho desaparecer hasta los vestigios de la civilizacion, esparciendo por todas partes el terror y el espanto. Nada pues mas necesario, nada mas urgente que el pronto restablecimiento de la paz, y ningun voto mas justo que el que se dirige á conseguirla. Pero, señores, aunque la primera condicion indispensable para el recobro ó adquisicion de un bien sea desearle ardiente y sinceramente, de nada serviria solo el deseo, por intenso que fuese, si no se pusieran en práctica los medios conducentes para verle realizado. ¡Cuáles son estos medios? En el órden de la religion, de la moral y de la prudencia cristiana, únicos de que yo puedo hablaros como ministro de la palabra evangélica, os diré que todos están cifrados en un recurso eficaz y pronto al Dispensador único de los verdaderos bienes, y por esto he dicho que el Gobierno, para obtener y consolidar la paz en el Estado, ha menester de asirse del órden sobrenatural y cooperar con él, se entiende sin abandonar los medios naturales que Dios nos dispensa, pues el recto empleo de las causas segundas es precisamente la cooperacion del hombre con la Providencia de Dios á fin de conseguir el bien. Para persuadirnos evidentemente de tan importante verdad, hai dos medios seguros: primero, conocer cuál es el origen de la paz; segundo, descubrir las verdaderas causas de la guerra.

¡Cuál es, decidme, el origen de la paz? ¡quién la podrá volver á nuestra patria? ¡Acaso el Estado? No señores: si este clama por ella, impulsado por el sentimiento de una necesidad imperiosa, es porque no la tiene, porque no ha podido reconquistarla. ¡Cómo pues podría darla por sí mismo? No, señores: el Estado no da la paz, la pide: la fuente de este bien está fuera de él y no en él; puede sin duda re-